

Entrevista a Sergio Visacovsky

Un camino, muchos caminos. Instituciones, publicaciones y profesionalización en la Antropología argentina




Sergio Visacovsky¹ y Diego Zenobi²

doi: 10.34096/runa.v43i3.10293


1 Centro de Investigaciones Sociales (CIS) – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico: seredvisac@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0001-9534-1526>

2 Sección Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico: diego.zenobi@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-9652-8330>

Resumen

Desde los años 1950, en la Argentina, la Antropología ha venido realizando un camino que combina el avance hacia la profesionalización, la construcción de instituciones y la creación de publicaciones académicas. En las últimas décadas estos procesos se han vinculado, además, con los cambios en las formas de circulación de los saberes científicos, la aparición de posgrados y la especialización temática. A lo largo de esas décadas, la revista *Runa* ha contribuido a la reflexión y construcción de imaginarios y posiciones sobre la Antropología en nuestro país y pueden leerse en su historia las trazas de algunas luchas teóricas y políticas al interior de la Antropología local. En esta entrevista, el Dr. Sergio Visacovsky repasa estos procesos desde la perspectiva de quien ha alternado la formación profesional en el extranjero y en nuestro país, y ha contribuido a la formación de nuevos campos de investigación. A través del diálogo surgen las conexiones entre estas cuestiones y otros procesos más amplios, tales como las crisis nacionales, la recuperación del sistema científico argentino y la inquietud acerca de las posibilidades de investigar, publicar y de ser leídos desde el sur.

Palabras-clave

Crisis; Posgrados; CONICET; Antropología Social; Clases medias

An interview with Sergio Visacovsky. One road, many roads. Institutions, publications and professionalization in Argentine Anthropology

Abstract

Key words

Crisis; Postgraduates; CONICET;
Social Anthropology; Middle
classes

Since the 1950s, Anthropology in Argentina has followed a path that combines professionalization, the construction of institutions and the creation of academic publications. In recent decades, these processes have also been linked to changes in the circulation of scientific knowledge, the creation of postgraduate courses and thematic specialization. Throughout these decades, the journal *Runa* has contributed to the reflection and construction of imaginaries and positions on Anthropology in our country, and its history can be read in the traces of some of the theoretical and political struggles within local Anthropology. In this interview, Dr. Sergio Visacovsky reviews these processes from the perspective of someone who has alternated professional training abroad and in our country, and has contributed to generating new fields of research. Through dialogue, we can recognize connections between these issues and other broader processes, such as national crises, the recovery of the Argentinean scientific system and the concerns about the possibilities of researching, publishing and being read from the South.

Entrevista com Sergio Visacovsky. Um caminho, muitos caminhos. Instituições, publicações e profissionalização na Antropologia argentina

Palavras-chave

Crise; Pós-graduados; CONICET;
Antropologia Social; Classes
Médias; Antropologia Social

Desde os anos 1950, na Argentina, a Antropologia vem trilhando um caminho que combina o avanço em direção à profissionalização, à construção de instituições e a criação de publicações acadêmicas. Além disso, nas últimas décadas, estes processos passaram a estar relacionados a mudanças nas formas de circulação dos saberes científicos, ao aparecimento de pós-graduações e à especialização temática. Ao longo destas décadas, a revista *Runa* contribuiu para a reflexão e construção de imaginários e posicionamentos sobre a Antropologia em nosso país, e é possível ler na sua história os traços de algumas lutas teóricas e políticas dentro da Antropologia local. Nesta entrevista, o Dr. Sergio Visacovsky revisa estes processos desde a perspectiva de quem vem alternando a formação profissional no estrangeiro e no nosso país, e tem contribuído para a formação de novos campos de pesquisa. Através do diálogo surgem as conexões entre estas questões e outros processos mais amplos, como as crises nacionais, a recuperação do sistema científico argentino e a inquietude sobre as possibilidades de pesquisar, publicar e ser lido a partir do sul.

Diego Zenobi: Setenta años atrás, cuando surge *Runa*, la Antropología argentina estaba muy lejos de tener la forma en que hoy la conocemos. Usted estudió en los años ochenta en la Universidad de Buenos Aires (UBA): ¿Qué tipo de contacto tuvo como estudiante con esa Antropología de comienzos de los años cincuenta?

Sergio Visacovsky: Cuento algunos aspectos de mi experiencia como estudiante en la carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA en el artículo "Etnografía y antropología en Argentina: Propuestas para la reconstrucción de un programa

de investigación de lo universal” (Visacovsky, 2017), publicado en la revista colombiana *Antípoda*. Hay que tener en cuenta que esa carrera era sumamente pobre en cuanto a contenidos, muy desactualizada respecto a lo que estaba desarrollándose en las principales academias mundiales. Recordemos que estábamos bajo la última dictadura militar, con muchísimos profesores y estudiantes desaparecidos, asesinados, exiliados, donde imperaba una estricta censura sobre muchos contenidos curriculares. Era una muy mala carrera, con poco o nada rescatable, y lo más grave, muy pocas materias estrictamente antropológicas. En ningún curso fue posible leer a Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard, Durkheim, Mauss, Boas, Margaret Mead o Leslie White. Lévi-Strauss y la revolución estructuralista de los años 1960, todavía muy cercana a inicios de la década de 1980, estaba totalmente ausente. Obviamente, ni pensar en Freud o Marx. En lugar de ello, teníamos que leer a Marcelo Bórmida (a quien no conocí, ya que había muerto en 1978, antes de mi ingreso a la carrera); bibliografía obligatoria de un curso pomposamente titulado “Antropología”, que inicialmente estuvo a cargo de Andrés Pérez Diez, pero que cursé cuando su profesor titular era Mario Califano. Recuerdo que este leía sus clases en tono monocrorde ante un auditorio repleto en la sede de la calle 25 de Mayo, en El Bajo. El programa, si no me traiciona la memoria, estaba lejos de cumplir con las promesas del título: la mitad eran textos sobre parentesco, muy mal organizados y peor enseñados, y una segunda mitad, básicamente la perspectiva de Bórmida sobre la conciencia mítica. Esta última parte se apoyaba en toda una literatura que provenía, en su mayor parte, de la fenomenología de la religión, en la historia comparada de las religiones. Ahí podías leer a Cassirer y Eliade, por ejemplo. Los trabajos de Bórmida sobre estos temas datan de fines de los años 1960, cuando se volcó ya decididamente a la Etnología (luego de transitar por la Antropología Física y la Arqueología), aunque tuvo un paso previo con “El estudio de los bárbaros” (Bórmida, 1958-59), su versión de la historia de la Etnología, que era de fines de los años 1950. Hay que tener en cuenta que esa Antropología tuvo vínculos más estrechos con la Escuela Histórico-Cultural de Europa Central, por eso el tratamiento de las discusiones provenientes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos en la carrera que yo cursé eran sumamente débiles. En mi caso, ya como estudiante estaba convencido que la perspectiva de Bórmida era marcadamente irracionalista y anticientífica y, con mis limitaciones, me fui volcando a la Arqueología (o “Prehistoria”, como se la llamaba). Particularmente, me deslumbraba Luis Borrero, quien hizo que me enamorara de la Arqueología, específicamente de la corriente *New Archaeology*, como se la llamaba entonces, y de Lewis Binford. Diría que el encuentro con él me salvó, porque en otras circunstancias hubiese abandonado la carrera. Luis nos traía bibliografía actualizada, reflexiones epistemológicas provenientes de lecturas sobre Karl Popper o Carl Gustav Hempel, pero sobre todo traía problemas y discusiones que transcendían lo singular. Gracias a Luis pude enterarme que existía la teoría de sistemas de Ludwig von Bertalanffy o las problemáticas ecológicas a través de Donald Hardesty. Poniendo a nuestra disposición los debates de la Nueva Arqueología, Luis mostró que nuestro propósito residía en tratar de entender la conducta humana. Sin perder de vista el rigor metodológico, Luis nos decía que nuestra principal herramienta como potenciales investigadoras o investigadores era la imaginación. Llegué a hacer unas tres o cuatro campañas arqueológicas como estudiante, dos de ellas con el querido Mario Silveira, pero finalmente en 1984 me reorienté a la Etnología como especialización (lo que más se parecía a la Antropología Social, a mi juicio). Tres cursos me ayudaron a terminar de definir mis intereses: “Etnografía Americana y Argentina”, a cargo de Sandra Siffredi y con Claudia Briones en los trabajos prácticos (recuerdo que organicé mi examen final sobre ritos de iniciación usando a Bruno Bettelheim), una fabulosa “Etnología General” (en verdad, una teoría antropológica), a cargo

de Edgardo Cordeu, acompañado por Mauricio Boivin y Sofía Tiscornia, y un curso sobre Epistemología y Metodología de la Investigación a cargo de Félix Schuster, Esther Hemite, Carlos Herran y Malvina Segre, con Rosana Guber en los trabajos prácticos. Diría que estos cursos, más el clima de apertura generado con el retorno democrático de 1983 y la experiencia con Luis Borrero me ayudaron a que mis aspiraciones iniciales de llegar a ser antropólogo algún día no desapareciesen. Es más, se afirmaron.

Diego Zenobi: Diferentes instituciones vinculadas a la Antropología argentina tuvieron su órgano de difusión propio —la Sociedad Argentina de Antropología (SAA) y su revista *Relaciones*, el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) con sus *Cuadernos del INAPL*, el Colegio de Graduados en Antropología con *Publicar-En Antropología y Ciencias Sociales*, por ejemplo— ¿Cómo entiende usted la relación entre creación de institucionalidad y surgimiento de publicaciones científicas? ¿Cómo ve el caso del ICA y de *Runa*?

Sergio Visacovsky: No soy un especialista en la historia de las revistas antropológicas. Obviamente, esas revistas expresaron lo que era la Antropología argentina, con todo lo que eso implica. Buena parte del trabajo que estas revistas han tenido que llevar a cabo desde la recuperación de la democracia ha sido diferenciarse o separarse de su pasado, de una concepción de la Antropología. Claro que esa tarea no ha sido siempre igual. En los 1980 y los 1990, el campo de la Antropología local, particularmente la Social, estaba en plena conformación. Desde los inicios del nuevo siglo, la Antropología Social se tornó un campo con más instituciones de formación de grado y posgrado, más investigaciones, más diversidad temática, más producción etnográfica, más presencia pública. Los posgrados y la misma carrera de investigación en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) impulsaron la necesidad de contar con más espacios de publicación. En ese panorama, el gran desafío para nuestras revistas fue y es encontrar un perfil, definirse. Como dije, *Runa*, así como otras revistas institucionales, expresaban inicialmente una concepción de Antropología en la que convivían la Etnología, la Prehistoria, el Folklore, la Bioantropología, etc. Hoy, el curso que han tomado estas disciplinas, sus especificidades, hace imposible la subsistencia del megaproyecto decimonónico de “ciencias del hombre”, más allá de eventuales diálogos. Por otro lado, hay campos disciplinares hoy que en aquel modelo no estarían representados. Sin embargo, las soluciones son difíciles, porque se trata de revistas que pertenecen a instituciones donde, bajo una misma etiqueta académica, conviven la Antropología Social, la Etnología (a veces considerada algo diferente de la Antropología Social), la Arqueología, la Bioantropología y la Etnohistoria. Y, por supuesto, todas reclamarán con total derecho estar representadas en la publicación. En el caso de *Runa*, desde hace varios años sus artículos expresan mayoritariamente la producción de la Antropología Social (son frecuentes los estudios de caso), con números temáticos en los últimos años. No tengo suficientes elementos para analizar la realidad presente, pero es evidente que el perfil de la revista ha cambiado notablemente, expresando mejor las peculiaridades de las investigaciones que se llevan a cabo no solo en el ámbito de la UBA, especialmente entre jóvenes.

Diego Zenobi: Las publicaciones científicas no funcionan como simples “canales de difusión” sino que pueden ser tratadas como instrumentos que contribuyen a producir y orientar ciertas luchas teóricas y políticas en diversos campos del saber. Usted ha investigado y ha publicado sobre historia de la Antropología

argentina ¿Cuál considera que ha sido el papel de las revistas y publicaciones locales en la reflexión y construcción de imaginarios y posiciones sobre la Antropología en nuestro país?

Sergio Visacovsky: Como decía, yo no me he especializado en el estudio de las revistas antropológicas. Es evidente que *Runa* cumplió un papel relevante como órgano de difusión principal de la producción antropológica de Buenos Aires. En su primer número de 1948, aparecen artículos de Osvaldo Paulotti sobre somatología de los toba, el informe de una visita del periodista y escritor Tibor Sekelj a una población indígena de Brasil, del prehistoriador Oswald Menghin sobre migraciones mediterráneas y del antropólogo físico José Imbelloni sobre la estatura humana. Por lo que recuerdo, en los números de los años subsiguientes se harán más frecuentes los trabajos sobre la Argentina, pero será desde la misma perspectiva, de una Antropología centrada en el “rescate” del pasado prehispánico de la nación. Lo que también entiendo es que no hemos tenido ni tenemos revistas que se hayan propuesto una intervención en el campo, con el fin de abrir nuevas líneas, cuestionando lo establecido. Pienso en lo que significó en su momento *Cultural Anthropology* para el movimiento posmoderno, o lo que hoy es *Journal of Ethnographic Theory*, que se propone explícitamente “restablecer la teorización etnográfica en la antropología contemporánea”. Tampoco estoy seguro que algo así sea posible en nuestro medio, por razones muy simples, tales como el tamaño del universo de la población de antropólogas y antropólogos activos que podrían sostener semejante proyecto, que exigiría una activa participación de colegas de otras latitudes. Siempre pensando en una publicación en lengua española.

Diego Zenobi: A propósito de la pregunta previa ¿qué lugar cree usted que ocupó *Runa* en el proceso de formación de una Antropología nacional?

Sergio Visacovsky: La idea de una Antropología nacional merece alguna discusión. Partiendo de la idea de la Antropología como producto cultural, tratando de dar cuenta de las singularidades, de la diversidad interna de la disciplina, en los años 1990 estudiamos con Rosana Guber la construcción de imágenes nacionales (o estilos, siguiendo a Roberto Cardoso de Oliveira) en la Antropología en la Argentina. Esto nos podía permitir entender la especificidad del desarrollo de la Antropología en el país, en su relación con el Estado y las ideas de nación asociadas. Pienso que este ha sido un camino necesario para forjar un campo de estudios sobre la historia de la Antropología en la Argentina, pero también como un modo de dar respuestas útiles para el presente. Es decir, que sirviese para pensar una orientación disciplinar partiendo de una perspectiva reflexiva sobre el pasado. También pienso que esto debiera llevarnos a un diálogo crítico con las academias de otros países, especialmente de los Estados Unidos y Europa Occidental, con sus agendas, líneas de investigación y teorías. Por ejemplo, tanto la investigación económica como politológica sobre las crisis recurrentes o cíclicas en nuestro país (pero también nuestra experiencia histórica) nos permiten entrar en diálogo con recientes agendas de investigación etnográfica sobre las crisis en el capitalismo. Los trabajos sobre las experiencias de crisis muestran el papel que juegan las narrativas sobre la nación, cómo es concebido el futuro esperanzado o cómo se tornan inteligibles los fracasos o la decadencia. ¿Cómo ha llegado la Antropología en la Argentina a ocuparse de las crisis socioeconómicas? ¿Por qué en cierto momento histórico y no otro? ¿Cómo lo ha hecho, mediante qué recursos teóricos y metodológicos? ¿En qué convergen y en qué difieren de los estudios sobre Grecia, España, Portugal, México o Brasil? Al menos en nuestro caso,

estas preguntas nos permiten pensar tanto la conformación de un espacio de investigación local sobre un tópico que no se piense en forma insular, pero al mismo tiempo que pueda constituir una contribución significativa a un campo más amplio, desde el punto de vista comparativo.

Diego Zenobi: ¿Cuándo comienza su interés por acceder a revistas científicas, y su contacto con *Runa*? ¿Qué era *Runa* para usted como estudiante, cómo la vio/usó luego como profesional y como la considera ahora?

Sergio Visacovsky: Durante mis años como estudiante de grado, algunos pocos cursos nos daban como bibliografía obligatoria textos publicados en revistas científicas. El acceso a esa bibliografía era a través de publicaciones que ofrecía la oficina respectiva de la facultad, otras veces era mediante el fotocopiado de los ejemplares que estaban en el Museo Etnográfico o eventualmente en la biblioteca de la facultad, por entonces en la calle Independencia (hoy, una de las sedes de la Facultad de Psicología de la UBA). O si no, directamente, sentado durante horas y resumiendo los textos en la biblioteca. Recuerdo especialmente la materia que dictaba Alejandra Siffredi, porque necesitabas pasar mucho tiempo en la biblioteca. Con mis primeras experiencias como investigador a partir de fines de los años 1980, el acceso a las revistas científicas nacionales y extranjeras se hizo crucial. Cuando participé del proyecto "Antropología y Nación. La invención etnográfica de la Argentina" (Universidad de Buenos Aires Ciencia y Técnica, UBACyT) entre 1994-1997, que dirigió Rosana Guber, la consulta de las revistas nacionales (y, entre ellas, *Runa*) se hizo imperiosa. Uno de las cuestiones que nos intrigaba especialmente era la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas, investigación que llevamos adelante con Guber y la querida y recordada Estela Gurevich. *Runa* fue fundamental para la reconstrucción del clima de ideas que precedió e hizo posible la fundación de la carrera, así como su lugar entre otras carreras de creación reciente (como Sociología) o su organización institucional. Así, en *Runa* pudimos conocer los trabajos de Marcelo Bórmida previos a su transformación en un "etnólogo fenomenológico", tales como "Cultura y ciclos culturales" (1956) o "La antropología del materialismo" (1958-59) o de Enrique Palavecino para la misma época, pero también posteriores, como un número de 1967 dedicado al arqueólogo Fernando Márquez Miranda (fallecido en 1961) o un artículo sobre tehuelches de 1969-1970, escrito por un Bórmida ya estudioso de los mitos, en colaboración con una joven Siffredi. Pero nuestra indagación sobre la Antropología argentina no se restringió a *Runa*; también trabajamos con los *Anales de Arqueología y Etnología* de Mendoza, con *Etnia* de Olavarría, el *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* y los flamantes *Cuadernos de Antropología Social* (UBA), así como revistas "no antropológicas", como *Desarrollo Económico* (IDES), *Cuadernos del CICSO* o la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Lo que sí es importante aclarar es que esta producción cumplía el papel de "fuentes" para nuestros intereses. No esperábamos de esos textos de los años 1950 y 1960 un aprendizaje teórico. Ahora bien, algo muy importante sucedió durante la vigencia de ese proyecto: la conciencia de cuán necesario resultaba un conocimiento de la producción internacional. En parte podía resolverse a través de las consultas en nuestras bibliotecas universitarias, pero la recepción de libros nuevos y la actualización de las colecciones de revistas era algo sumamente deficitario. Una solución que encaramos, muy efectiva, fue suscribirnos como equipo a *Current Contents*, una base de datos bibliográfica. Recibíamos periódicamente unos cuadernillos con todas las novedades de publicaciones científicas de todo el mundo en todas las disciplinas; cada miembro del equipo de investigación los conservaba una semana aproximadamente, seleccionaba lo que le interesaba y luego los pasaba a otro u otra. La gran cuestión era cómo

acceder a los artículos. Lo que hacíamos era escribirles directamente a los autores y autoras por correo común, contarles en qué estábamos trabajando, que nos enteramos de su publicación, que si era posible recibir una copia y que nos encantaría mantener el contacto. Pues bien, al tiempo, en un altísimo porcentaje, recibíamos respuestas de agradecimiento por el interés demostrado junto con las separatas de los artículos solicitados acompañados en más de una ocasión por otras copias. Y, a veces, nos llegó hasta algún libro. Recuerdo nuestra sorpresa y alegría al recibir alguna separata dedicada de Eric Wolf, Marshall Sahlins o hasta el mismísimo Jürgen Habermas.

Diego Zenobi: En los años noventa en Argentina se da la aparición de los posgrados en Antropología. En el año 2006 usted se radica como investigador en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) ¿Cómo ve ese proceso de creación de posgrados? ¿Qué cree que implicó para la expansión de la Antropología local?

Sergio Visacovsky: Sin duda, la creación de posgrados es una etapa fundamental en la consolidación de la Antropología Social en el país. Pensemos que en los años 1990 el único posgrado era la Maestría en Antropología Social de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones, creada en 1995. Hubo que esperar hasta el 2000 para la creación del doctorado en la misma universidad y de una maestría en la Universidad Nacional de Córdoba. Al año siguiente, se creó una nueva maestría en la ciudad de Buenos Aires, resultado de un convenio entre el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y el Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES/UNSAM). Para que esto fuese posible, hay que pensar que se tuvieron que consolidar primero las carreras de grado tras la dictadura, generar camadas de graduados bien formados, algunos de los cuales realizaron sus estudios de posgrado en Brasil y otros pocos en Estados Unidos o Europa, y paulatinamente se fueron reestructurando y fortaleciendo las viejas publicaciones locales así como se crearon algunas nuevas. También fue esencial el papel del CONICET, con su apoyo significativo a la formación de posgrado mediante el sistema de becas doctorales, con su crecimiento y expansión en el período 2003-2015. La creación de posgrados y su afianzamiento dio lugar a algo muy importante, que no fue solo ofrecer una formación de calidad, sino además contribuir a la profesionalización de la disciplina, esto es, a producir antropólogos orientados hacia una manera de ejercer la práctica, de usar los conocimientos. Incluso, ha sido útil cuando gente proveniente de otras disciplinas se ha acercado buscando formación antropológica. Tal vez, lo que queda para mejorar es ofrecer de modo más explícito y sistemático no solo una profesionalización cuyo objetivo sea la investigación académica, sino también en el uso aplicado de los conocimientos en el ámbito de la gestión pública o, incluso, privada.

Diego Zenobi: Usted realizó estudios de doctorado y posdoctorado en el exterior ¿Qué significó esa experiencia de estudio e investigación en el extranjero? ¿Cómo fue el regreso al medio laboral luego de la crisis del año 2001?

Sergio Visacovsky: Como en el caso de otros y otras colegas de la misma generación que hicimos estudios de posgrado en el exterior, dicha opción obedecía a las condiciones para la realización del doctorado en nuestro país. A fines de los años 1980 e inicios de los 1990, eran pocos los investigadores que estaban en condiciones de asumir direcciones de tesis doctorales, y muchas veces

había que recurrir a representantes de otras disciplinas. Pero también hacer el doctorado aquí era algo traumático, los cursos eran escasos y eran elegidos no tanto por su pertinencia, sino por el prestigio del docente o la calidad e interés de los contenidos y la bibliografía. Sucedió también que los directores a veces no tenían experiencia de investigación suficiente, o no estaban doctorados y, en consecuencia, estaban acostumbrados a trabajar en otras circunstancias. Y, lo más relevante, tampoco contaban con mucha experiencia de dirección de tesis. Directores y tesistas estaban aprendiendo simultáneamente. Cuando se presentó la oportunidad, no lo dudé. Yo ya contaba con experiencia docente y me había iniciado en la investigación con una beca de la UBA en 1988. También, como ya comenté, trabajaba en un equipo, con un subsidio de la UBA, desde 1994. Tenía una edad mayor que la que hoy tienen los estudiantes de doctorado. Me había dado cuenta que me iba a resultar muy difícil avanzar con mi investigación de tesis aquí, por eso empecé a averiguar distintas posibilidades, hasta que gracias a Rosana Guber conocí a Antonius Robben en 1995, quien estaba haciendo trabajo de campo en nuestro país acerca de las memorias traumáticas sobre la última dictadura militar. Tras conversar con él, me convencí que era lo mejor para mi futuro. Así, armé un proyecto y concursé una beca, que finalmente gané, para iniciar mi doctorado en la Universidad de Utrecht, en los Países Bajos. Fue algo decisivo, ya que nunca había estado antes en Europa, y si de viajes al exterior se trata, apenas contaba con alguno a Brasil. Fue una experiencia crucial de mi vida, que me ayudó a cambiar mi cabeza, a abrir mi pensamiento y mis sensaciones, y que me terminó de profesionalizar, no porque mi experiencia en la Argentina no tuviese importancia, sino porque me organizó, me dio un método de trabajo. Entre las experiencias inolvidables, recuerdo las largas horas en la biblioteca. Para mí era algo nuevo eso de buscar a través de un catálogo, andar completamente libre, recorriendo los estantes para encontrar lo que buscaba para, luego, descubrir libros que no se me había ocurrido buscar inicialmente. O almorzar con profesores al mediodía, contarles mi trabajo y recibir una palabra, un comentario breve que eran de inmensa ayuda. Robben era muy exigente, presionaba mucho sobre la construcción del problema, la argumentación, la calidad y el uso de los datos. Fue algo duro, porque sus críticas eran completamente justificadas, pero el tiempo corría y había que entregar. Como todo tesista, pasé momentos de enorme ansiedad y angustia, pero también recuerdo la etapa de escritura como uno de los momentos más fascinantes intelectualmente, porque pensaba todo el tiempo en la tesis, en cómo resolver tal cuestión o buscar tal dato. Un estado de eferescencia que rara vez vuelve a repetirse en nuestras carreras.

Defendí mi tesis el 4 de septiembre de 2001, y el 11 me enteré del ataque a las Torres Gemelas estando en París. Ya a la vuelta, al principio no hubo demasiados cambios. Recuerdo sí que, siendo Profesor Adjunto concursado, asumí dos comisiones de trabajos prácticos en la materia "Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo". Al poco tiempo, ya con la crisis de diciembre de ese año, surgió la posibilidad de ingresar al sistema científico holandés, algo que después no se concretó. Puse mi energía para publicar mi tesis doctoral, *El Lanús* (Visacovsky, 2002), lo que finalmente concreté en mayo de 2002 gracias a Jorge Lafforgue, que dirigía por entonces Alianza Editorial Buenos Aires, que más tarde se desmantelaría. En 2003 me presenté a una beca posdoctoral en la misma Universidad de Utrecht, insistiendo con la temática de las experiencias de crisis de la clase media, que obtuve para el período 2004-2006. También me había presentado al CONICET en 2002, y si bien mi evaluación había resultado satisfactoria, los cupos eran todavía muy pocos; recién volvería a presentarme en 2005, esta vez con éxito. Mis últimas clases como profesor en la carrera de Ciencias Antropológicas en la UBA fueron entre 2003-2004; mi participación en las clases teóricas de la materia

metodológica se había reducido significativamente, por lo que me dediqué a dictar un curso doctoral sobre memoria colectiva y otro de grado sobre mito, memoria y narrativa en Antropología; por eso, decidí renunciar poco después. Con el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) tenía una relación que venía de muchos años. Allí decidí presentar mi libro *El Lanús*. Mis vínculos con la institución se estrecharon a partir de mi participación en el Centro de Antropología Social (donde coordiné bastante tiempo el “Seminario Permanente”) y en la Maestría en Antropología Social como profesor; también integré entre 2004-2007 un proyecto del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT), de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) que abordaba la relación entre crisis y ciencias sociales, dirigido por Mariano Plotkin. Paralelamente, empecé a organizar desde 2004 un programa interdisciplinario de estudios sobre clase media, al que se sumarían Ezequiel Adamovsky, Enrique Garguin, Patricia Vargas, Isabella Cosse, Diego Zenobi y el recordado Ricardo Fava. Como dije, en 2005 obtuve el ingreso a la Carrera de Investigador del CONICET, y decidí hacer del IDES mi lugar de trabajo, pese a que contaba con otras alternativas (por ejemplo, la Universidad de San Andrés, donde dictaba un curso de grado justamente desde 2005, o la misma UBA). El IDES me dio la posibilidad de llevar adelante una serie de proyectos y actividades que en otras instituciones, muy seguramente hubieran sido más dificultosos. Mi desarrollo profesional, académico e intelectual desde entonces está ligado a las posibilidades que me brindó una institución pequeña pero acostumbrada a luchar en contextos adversos, así como muy receptiva a las nuevas propuestas.

Diego Zenobi: A propósito de la pregunta previa ¿cómo vivió la posibilidad de ingresar como investigador al CONICET y qué cree que representó ese organismo para las Ciencias Sociales en la última década?

Sergio Visacovsky: Como señalaba anteriormente, ingresé a la Carrera de Investigador de CONICET en 2006. Esta fue una posibilidad que yo no había considerado anteriormente, en los años 1990. En aquel entonces, algunos colegas del Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA eran investigadoras e investigadores del organismo, pero muchos de quienes nos habíamos iniciado a la investigación y la docencia en la segunda mitad de los años 1980 pensábamos que podíamos desarrollar nuestras carreras totalmente en la universidad. Yo había sido becario de la UBA en 1988 y más tarde pude concursar, primero como Jefe de Trabajos Prácticos y luego como Profesor Adjunto. Sin embargo, diversas circunstancias relacionadas con mi situación en dicho departamento me llevaron a buscar la alternativa de CONICET. Mi ingreso se produjo en un momento de expansión del organismo y del sistema científico, en oposición a lo que había sido el CONICET en la década anterior, durante los gobiernos nacionales de Menem y de la Rúa. La política de apertura que se llevó adelante durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner hizo posible el crecimiento de la planta general de investigadores, así como un enorme apoyo a la formación doctoral a través de las becas. En términos generales, el apoyo estatal ha sido crucial para poder contar con recursos humanos bien formados y la formación de equipos de trabajo, lo cual inexorablemente lleva mucho tiempo y requiere dinero, equipamiento e infraestructura. Por eso, un aspecto no menor de este desarrollo fue la política de apertura de unidades ejecutoras en todo el país, sea en universidades u otras instituciones (de doble dependencia) o directamente dependientes del CONICET, porque proporcionó el marco adecuado para la formación y el ejercicio de la investigación. No es casual que la creación de programas de posgrado en ciencias sociales bien estructurados, con planteles docentes estables,

se hayan creado y consolidado a lo largo de ese período. En el caso concreto del IDES, se formalizó un convenio con CONICET para la creación de una unidad ejecutora de doble dependencia, el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la que soy su director desde 2013. El CIS permitió la incorporación de investigadoras, investigadores, becarias y becarios que pudieron desarrollar sus carreras científicas en la institución, la consolidación de líneas de trabajo y la apertura de otras nuevas. Por supuesto, esto no implica negar la existencia de dificultades, pero la experiencia del desmantelamiento del sistema científico en general y el CONICET en particular durante los años del gobierno de Macri sin duda lleva a revalorizar cuanto se había logrado entre 2004 y 2015.

Diego Zenobi: Entre sus temas de investigación están memoria política, identidades profesionales, el campo de la psicología y psiquiatría local y las narrativas sobre las crisis económicas. Asimismo, usted contribuyó a la formación de un campo temático en consolidación, los estudios interdisciplinarios sobre clases medias. Pensando en las rutinas y estructuras del sistema científico ¿cuáles son las posibilidades y las dificultades que representa la investigación de temas pocos abordados y la promoción de nuevos campos de investigación? Y en relación con esta pregunta ¿qué posibilidades ofrece hoy la difusión a través de publicaciones científicas?

Sergio Visacovsky: Antes que nada, hay que considerar qué se considera “nuevo”. Por ejemplo, en su momento, los estudios sobre el deporte en Ciencias Sociales (en particular en la Antropología Social) fueron algo “nuevo” en nuestro país, hasta los primeros trabajos de Eduardo Archetti. Pero las investigaciones de Archetti se enfocaban en el deporte (más precisamente, en el fútbol al comienzo) para estudiar género, moralidad e imaginarios nacionales. Lo nuevo no siempre tiene que ver con cuestiones empíricas, sino más bien con preguntas que no se habían hecho antes, o que se hicieron en otras partes para otras realidades. No se puede decir que estudiar a las clases medias argentinas sea algo totalmente “nuevo”, ni siquiera en la Antropología local. Pero lo novedoso radica en las preguntas que nos hacemos, en los enfoques a los que apelamos para tratar de desarrollar las respuestas, incluso en qué ámbitos concretos indagamos. Cuando comenzamos a estudiar la clase media en nuestro país, contábamos ya con el gigantesco legado de Gino Germani entre los años 1940 y 1960, con el ensayo sociológico, con la producción sociológica sobre la “nueva pobreza” de los años 1990... A inicios del nuevo siglo, había condiciones históricas y sociales especiales, tales como las protestas urbanas, los cacerolazos, los clubes de trueque, las asambleas barriales. Entonces, se generó rápidamente una masa significativa de investigadores que orientó su interés a los “actores de la crisis del 2001”. Desde trayectorias distintas, quienes nos reunimos en el Programa de Estudios sobre Clases Medias en el IDES nos propusimos la tarea de afrontar las dificultades que presentaban las teorías de las clases sociales en general y de la clase media en especial. Nuestro proyecto colectivo coincidió con un movimiento internacional de renovación de los estudios sobre clase media, y pudimos interactuar de manera directa o indirecta con varios de quienes llevaban a cabo en sus respectivos países investigaciones inspiradoras, como Mark Liechty o David Parker. El programa funcionó, precisamente, porque estaba impulsado por una motivación científica genuina, por eso su importancia radicó menos en haber estimulado los estudios sobre clase media histórica y/o etnográficamente, y más por destacar los problemas que era necesario resolver. En el caso de mis estudios sobre crisis sociales (que actualmente van derivando hacia la investigación de la producción de imágenes de futuro, en especial, sobre cómo los conjuntos sociales enfrentan o sobrellevan la incertidumbre y pueden o no generar formas de esperanza),

que empezó en estrecha relación con mi interés por la clase media, nunca pudo cristalizar en un programa de investigación. Si bien, como señalé, la crisis del 2001 había despertado un interés coyuntural por parte de una gran masa de investigadores, esto no condujo necesariamente a una línea de investigación en sentido estricto sobre “crisis”. En este caso, se trataba de intervenir en un terreno que era dominado por el discurso económico y politológico, como si se tratase de un fenómeno cuya esencia les perteneciese con todo derecho. Pero como ya había mostrado Claudio Lomnitz en su trabajo de 2003 sobre México, “crisis” era un objeto clásico de la Antropología. Cuestiones tales como la temporalidad, los ritos de paso y las transiciones sociales o la narración de los acontecimientos, ya contenían algunos de los temas principales que hacían de las crisis contemporáneas del capitalismo objetos factibles de ser estudiados a través de herramientas conceptuales y metodológicas que provee la Antropología. En este caso, nunca se pudo constituir un equipo de investigación: no había investigadores formados trabajando en la temática, ni tampoco aparecieron estudiantes o investigadores jóvenes. Mantuve sí diálogo con investigadores que estudiaban desastres o catástrofes, o que abordaban diferentes problemáticas económicas. De todos modos, mis preocupaciones e intereses estaban más cercanos a los de antropólogos como Daniel Knight y Janet Roitman, especialistas en Grecia y África Central, respectivamente. Pienso que es importante insistir en las etapas de formación de las y los jóvenes que lo que hacemos cuando investigamos es tratar de resolver problemas, que los casos y aun ciertas prácticas por las que nos interesamos (un culto “New Age”, una actividad deportiva) están al servicio de responder preguntas de orden más sustantivo. Personalmente, no me resulta muy atrapante la proliferación de “antropologías de”, porque precisamente tienden a establecer fronteras que muchas veces impiden el contacto, el diálogo entre investigadoras e investigadores. Se parece mucho al alambrado de un terreno. Este es un problema serio. Hay campos dentro de la Antropología actual (me refiero a desarrollos en otras academias) donde no contamos con un correlato local. A su vez, tenemos áreas en las que hay una alta concentración de investigadoras e investigadores. Desde mi punto de vista, las instituciones deben hacer evaluaciones periódicas respecto a esta situación, y plantearse qué campos no están desarrollados, así como de qué manera promoverlos.

En este sentido, las revistas pueden contribuir a la génesis de nuevos campos de investigación, difundiendo la producción sobre temas y enfoques que no necesariamente cuentan con desarrollo local; podrían officiar de puentes articuladores entre lo que se produce globalmente y lo regional/nacional. Claro está que esto no va en desmedro de la conformación de agendas específicas. Ni tampoco creo que sea apropiado alentar un esencialismo disciplinar cuando hoy, como nunca antes, somos plenamente conscientes de la porosidad de las fronteras disciplinares. Desde mis primeros años en el IDES y desde que soy director de la unidad ejecutora trato de llevar adelante esta concepción de la práctica de investigación en Ciencias Sociales.

Diego Zenobi: Más allá de la coyuntura ¿cuál es su mirada sobre el sistema científico local y sus articulaciones con los entramados globales? ¿Cuáles son las posibilidades de investigar, publicar y de ser leídos desde el sur?

Sergio Visacovsky: Hablar del “sistema científico” es, sin duda, algo muy amplio y vago. Tengo relación con colegas de la Física, la Química, la Biología, la Psicología (en sus más variados colores), pero eso no me habilita a hablar del sistema científico en su conjunto. Ni siquiera me atrevo a hablar de la Antropología en la Argentina como un todo, de la cual uno conoce ciertos

aspectos mejor que otros. Existen redes importantes con investigadores e investigadoras y con instituciones de otros países que permiten llevar adelante algunos emprendimientos como publicaciones colectivas o eventos científicos. Si hablo solo por mi experiencia, el grupo local de investigación sobre clases medias se ha consolidado también en relación con otros grupos de investigación, particularmente en América Latina. Lo que sí es bastante claro es que, en general, es muy difícil que se lea lo que producimos. Una nota de marzo de 2017 aparecida en *The Conversation* señalaba que el 82% de los artículos publicados en revistas de Humanidades y Ciencias Sociales ni siquiera son citados una vez. Seguramente, esto se puede entender mejor si se conocen las particularidades de la producción científica en el área, la diversificación temática y, desde ya, la magnitud de la producción misma. En el caso específico de la producción en español, la cuestión es más compleja, por supuesto. Pero justamente la nota de *The Conversation* plantea que la problemática excede las barreras idiomáticas, que en verdad hay una enorme producción en nuestros campos que ni siquiera recibe atención por parte de potenciales lectores. Quizá la generalización del acceso abierto a las publicaciones científicas pueda mejorar esta situación, aunque no estoy seguro que todo dependa de ello. Por otro lado, así como me considero un defensor de las publicaciones en nuestro idioma, también considero importante publicar en otras lenguas, principalmente en inglés. Esto no quita seguir discutiendo modos más equitativos de difusión del conocimiento producido a través de nuestras investigaciones, y en particular las grandes editoriales privadas del norte que alimentan su prestigio, en buena medida, con la producción científica de instituciones públicas.

Biografías

Sergio Visacovsky es Doctor en Antropología Cultural por la Universidad de Utrecht (Países Bajos), Investigador Principal del CONICET y Director del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y el CONICET. Es profesor en la Maestría en Antropología Social del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín y el IDES, y de la Maestría y el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el IDES. Sus temas de investigación han incluido la historia de la Antropología en la Argentina, la conformación del campo psiquiátrico y psicoanalítico en la Argentina y España, los procesos de constitución de la memoria colectiva, las relaciones entre experiencias y narrativas sociales, los procesos de conformación de clases medias en la Argentina y los vínculos entre crisis, incertidumbre y esperanza en el capitalismo, con especial atención a las experiencias de descenso social.

Diego Zenobi es Doctor en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires e Investigador Adjunto del CONICET. Es docente en la carrera de Ciencias Antropológicas (FFyL, UBA) y en la Maestría en Antropología Social y Política de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, sede Argentina). Entre sus temas de investigación se destacan las situaciones críticas y los procesos políticos y estatales concomitantes; las articulaciones entre moral y política; las formas que asume el compromiso político en la construcción de causas públicas y la movilización política de las emociones y del sufrimiento psíquico. Actualmente investiga los procesos políticos y estatales contemporáneos que involucran a víctimas de diversas situaciones y a los expertos (psicólogos, abogados, trabajadores sociales, médicos, etc.) con los que éstas se relacionan.

Referencias bibliográficas

- » Bórmida, M. (1958-1959). El estudio de los bárbaros desde la antigüedad hasta mediados del siglo XX. Bosquejo para una historia del pensamiento etnológico. *Anales de Arqueología y Etnología*, 14-15, 265-318.
- » Lomnitz-Adler, C. (2003). Times of crisis: historicity, sacrifice, and the spectacle of debate in Mexico City. *Public Culture*, 15(1), 127-147.
- » Visacovsky, S. E. (2017). Etnografía y antropología en Argentina: propuestas para la reconstrucción de un programa de investigación de lo universal. *Antipoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 27, 65-91. <https://dx.doi.org/10.7440/antipoda27.2017.03>
- » Visacovsky, S. E. (2002). *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Madrid-Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Alianza Editorial.

